LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR Y LA MISIÓN DEL CRISTIANO

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia para el domingo de la Ascensión del Señor (24 de mayo 2009)

I. "Durante cuarenta días se les apareció..."

1. La primera lectura de esta solemnidad de la Ascensión del Señor, que se lee todos los años, está tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles. Allí leemos: "Después de su Pasión, Jesús se manifestó a los Apóstoles dándoles numerosas pruebas de que vivía, y durante cuarenta días se les apareció y les habló del Reino de Dios" (Hch 1,3).

2. "Cuarenta", en el lenguaje judío, es un número simbólico: una manera de indicar un tiempo largo. Cuarenta fueron los años de peregrinación del pueblo israelita por el desierto; cuarenta, los días que Moisés estuvo en la montaña para recibir las tablas de la Ley; cuarenta, los días que Elías, huyendo del rey Ajab, anduvo hasta llegar al monte Horeb; cuarenta, los días de Jesús en el desierto. "Cuarenta días", también, el tiempo en que Jesús resucitado se manifestó a los discípulos. El apóstol San Pablo sugiere que ese tiempo se prolongó bastante más que los cuarenta días del calendario, pues refiere apariciones de Jesús que no están en los Evangelios, y se incluye a sí mismo como beneficiario. Escribiendo a los corintios, dice: "Se apareció a Pedro y después a los Doce. Luego se apareció a más de quinientos hermanos al mismo tiempo, la mayor parte de los cuales vive aún, y algunos han muerto. Además se apareció a Santiago y de nuevo a todos los Apóstoles. Por último, se me apareció también a mí, que soy como un aborto. Porque yo soy el último de los Apóstoles" (1 Co 15,5-9).

II. "Ustedes serán mis testigos..."

3. Nosotros no tenemos el privilegio de ver a Jesús resucitado como los Apóstoles, pero no por ello somos menos dichosos, si de veras creemos en él y lo amamos. Recordemos las palabras de Jesús al apóstol Tomás: "¡Felices los que creen sin haber visto!" (Jn 20,29). Por la fe y el amor alcanzamos un conocimiento experiencial de Jesús resucitado que no le va en zaga al conocimiento que tuvieron los Apóstoles. Se lo ve en almas sencillas, fieles a la oración y al servicio de la caridad, que viven como si estuviesen viendo permanentemente a Jesús resucitado. No son ilusas. Están enamoradas del Señor. Ven con el espíritu lo que no ven los ojos del cuerpo. De tales almas necesita Jesús resucitado para confiarles su mandato misionero: "Uds. serán mis testigos… hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8). O, como lo dice en la lectura del Evangelio: "Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación" (Mc 16,15). 4. Sería imposible ser testigos de Jesús ante el mundo si quedásemos encerrados en nosotros mismos, encandilados por las dificultades que el mundo presenta al Evangelio, en vez de estar asombrados por la verdad, la bondad y la belleza que el Evangelio ofrece al mundo. El epílogo del Evangelio de San Marcos, que concluye con el pasaje que acabamos de proclamar, es, en buena medida, una recriminación de Jesús a los suyos por la falta de fe viva. Tenían por él un afecto como el que se tiene por un

amigo muerto, que los hacía vivir enclaustrados, sobredimensionando las dificultades que deberían soportar por haber seguido a un profeta fracasado. Escuchemos: "Cuando los Apóstoles la oyeron a María Magdalena decir que Jesús estaba vivo y que lo había visto, no le creyeron… (Los discípulos de Emaús) fueron a anunciarlo a los demás, pero tampoco les creyeron. En seguida, se apareció a los Once, mientras estaban comiendo y les reprochó su incredulidad y obstinación porque no habían creído a quienes lo habían visto resucitado" (Mc 16,11-14).

III. "Recibirán la fuerza del Espíritu Santo…"

5. ¿A los cristianos modernos no nos pasa algo semejante: que no creemos en Jesús con fe viva? Nos duele tanto el derrumbe de un mundo que suponíamos evangelizado, que ya no vemos nuevos brillos en el tesoro del Evangelio, y perdemos las ganas de ir a ofrecerlo a los demás. No es en nosotros que encontraremos la fuerza para renovarnos en la misión que Cristo nos encomienda. En nosotros hallaremos sólo debilidad, confusión, cobardía. Negarlo a Jesús, decir "no sé nada; no entiendo de qué estás hablando" (Mc 14,68), no es patrimonio de Simón Pedro. Todos los cristianos, fieles y pastores, estamos expuestos a la misma tentación. Y podemos caer en ella. No nos renovaremos en el ardor misionero por la multiplicidad de actividades apostólicas. Éstas, si bien son necesarias, pueden ser una máscara que disimule nuestro distanciamiento del Señor.

6. Para renovarnos, Jesús nos indica un camino del que no podemos prescindir: "Les recomendó que no se alejaran de Jerusalén y esperaran la promesa del Padre" (Hch 1,4). Los Apóstoles entendieron esta recomendación. Por ello, una vez que Jesús ascendió al cielo, "todos ellos íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos" (v. 14). Es el camino que Jesús nos enseñó en la última noche de su vida terrena: "Permanezcan despiertos y oren para no caer en la tentación" (Mc 14,38). El don de la oración es lo que más debemos pedir en la preparación a Pentecostés. Y convenzámonos que sin ella no puede acontecer un nuevo Pentecostés en la Iglesia.

Mons. Carmelo Giaquinta, *arzobispo emérito de Resistencia*